

Anahí Ginarte*

El cuerpo como evidencia



Fosa común del cementerio de San Vicente, Córdoba. Foto: Anahí Ginarte

Para Clyde. Te extrañamos...

“Aquí dejo mi historia para que otro la lleve”, dicen mostrando las palmas de las manos en el suelo, en algunos lugares de África, cuando terminan de relatar un cuento.

Clyde Snow¹ nos enseñó que los huesos hacen lo mismo: nos dejan sus historias para que podamos contarlas. Sólo hay que saber “leerlos”, y de él aprendimos cómo.

Comencé a trabajar en el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF²) en el año 1990. Era estudiante de antropología de la Universidad de La Plata y tenía 22 años. Me invitaron a colaborar en las exhumaciones que estaban realizando en el sector 134 del cementerio de Avellaneda, en el Gran Buenos Aires. Era un terreno de 12 metros por 24, que se encontraba pegado a un pequeño edificio en donde

había funcionado una especie de morgue. Estaba separado del resto del cementerio por un muro, como escondido al fondo, y si bien también estaba separado del barrio por otro muro, los vecinos de los edificios de la calle colindante sabían bien qué era lo que había pasado ahí y lo que estaba pasando ahora. Los miembros del EAAF habían encontrado una serie de 19 fosas comunes y 18 individuales. Cuando llegué el trabajo estaba bastante avanzado; se había comenzado en el año 1988. Me dieron las herramientas del arqueólogo (cucharín, estecas y pinceles) y me dijeron, mientras me mostraban un sector de una de las fosas: “baja y empezá por ese lado que es más fácil porque son los huesos de las piernas”.

Esa noche soñé. “Por acá... cepillá más a la derecha... Sacá la piedra... así... Esa es mi rótula... Muy bien...”. Era el fantasma de una mujer joven; me estaba dando tranquilamente las indicaciones para que yo siguiera excavando, para que yo siguiera descubriéndola. En la escena del sueño mis manos trabajaban con un pincel sobre parte de sus huesos expuestos, y el fantasma de ella se levantaba del sector todavía cubierto con tierra. Ella quería que la encontrara. Ella estaba contenta con lo que estaba haciendo. Fue un sueño tranquilizador. No creo en fantasmas, pero no tuve más dudas: supe qué era lo que tenía que hacer.

Desde la arqueología tradicional se trata de conocer la forma de vida de poblaciones que ya no están. Tratamos de interpretar cómo vivían, y lo hacemos a través de los vestigios materiales. Si bien las cosas tienen información en sí mismas, el contexto en el que se encuentran tiene muchas más explicaciones que aportar: su ubicación en el espacio, la relación entre los objetos hallados, su temporalidad, etcétera. Lo llamamos “registro arqueológico”. Si bien sabemos que es dinámico, porque muy difícilmente estemos excavando en Pompeya (donde la lava del Vesubio dejó las cosas intactas, exactamente como se encontraban, incluso a las personas

* Integrante del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF).

1. Clyde Snow (1928-2014) fue un profesor y antropólogo forense estadounidense. Trabajó con varios grupos de derechos humanos, y su labor en las fosas comunes de Argentina tuvo gran repercusión. Allí fundó y entrenó al Equipo Argentino de Antropología Forense. Trabajó en fosas comunes encontradas en Yugoslavia y participó en la identificación de los restos del criminal nazi Josef Mengele en Brasil, entre otros importantes trabajos en países como Chile, Perú, El Salvador, Guatemala, México, Venezuela, Etiopía, Croacia, El Kurdistán Iraquí, Zimbabue, República Democrática del Congo, Sudáfrica, Filipinas. En Estados Unidos, y a pedido del Congreso, confirmó que las radiografías de la autopsia de John F. Kennedy efectivamente pertenecían al ex presidente.

2. El Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) es una organización científica, no gubernamental y sin fines de lucro que aplica las ciencias forenses –principalmente antropología y arqueología forenses– a la investigación de violaciones a los derechos humanos en el mundo. Se formó en 1984 con el fin de investigar los casos de personas desaparecidas en Argentina durante la última dictadura militar (1976-1983). Actualmente, el equipo trabaja en Latinoamérica, África, Asia y Europa en cinco áreas programáticas: investigación, entrenamiento y asistencia, desarrollo científico, fortalecimiento del sector, documentación y difusión.

que ahí fallecieron), lo documentamos con la mayor calidad y de todas las formas posibles (mediciones, mapas, notas, fotografías, videos y demás) para poder sacar toda la información que el conocimiento actual de la disciplina nos permite. El arqueólogo, cuando excava, destruye, y si lo hace mal o no lo registra adecuadamente, la información del sitio se pierde.

Cuando utilizamos estas técnicas en arqueología forense, en las excavaciones de fosas comunes como las del cementerio de Avellaneda o las del cementerio de San Vicente en Córdoba, estamos “haciendo hablar” a los huesos desde el mismo momento del hallazgo. El arqueólogo forense trabaja en sitios que son la “escena del crimen”, porque si bien muchas veces la persona no fue ejecutada en el mismo lugar de su entierro, el lugar del hallazgo da cuenta del crimen en muchos aspectos. Por dar sólo un ejemplo: el ocultamiento de cuerpo. No es casualidad que encontremos similitudes en la localización de estos entierros clandestinos en los cementerios de nuestro país, en Avellaneda, San Vicente, Tucumán, Mendoza: escondidos al fondo del cementerio, en los lugares reservados para los que no pueden pagar, para los pobres.

Los lugares de inhumación “hablan”, y también los otros vestigios materiales asociados a los huesos tienen sus historias que contar: vestimentas, objetos, proyectiles.

Estos objetos, en su relación con los huesos, con el cadáver, son evidencia para un tribunal. En una entrevista a Clyde Snow sobre su declaración en el año 2005 en el juicio que se hizo contra Saddam Hussein por sus crímenes contra el pueblo kurdo, la periodista le preguntó si Hussein le había hablado, y él contó:

Sí. Se paró –tenía un Corán enorme en la mano– y se dedicó esencialmente a cuestionar mi credibilidad: quién era yo, que nunca había escuchado hablar de mí ni de la antropología forense. Después, con respecto a los esqueletos encontrados, dijo: “Irak está repleta de fosas comunes. ¿Cómo saber que no son hititas de hace unos cinco mil o seis mil años?”. Yo quería responder; quería decir que sabía que los hititas eran una civilización muy avanzada, pero no tanto como para que algunos tuvieran relojes digitales. También hubiera querido decir que la mayoría de esos relojes habían dejado de funcionar el 28 de agosto de 1988. Pero antes de que pudiera hacerlo, el juez dijo que yo ya había sido confirmado como experto. Nunca pude responder a su pregunta. (Wiese y Saravia, 2012).

A Don Sotero el sol le curtió la piel y la ropa le cuelga de los huesos. Siempre anda con un sombrero y un palito en la boca. Habla poco y para adentro; cuesta mucho entenderle. Y, a pesar de que nos está contando quizás lo más terrible que le haya sucedido en la vida, el nerviosismo y la intimidación que le debemos causar las tres gringas argentinas que quieren sacar a los muertitos hacen que sonría mostrando los pocos dientes que aún le quedan en la boca. Es en El Salvador, cerca del caserío conocido como La Joya, en las montañas de Morazán, en el medio de un bosque de árboles de mango. Estamos en temporada y los frutos que no se recogen se pudren en el suelo. Nos está mostrando el lugar en donde enterró a sus hijos.

En la excavación nos ayudan campesinos de la zona; aprenden rápido el oficio del arqueólogo. Los huesos aparecieron muy abajo, como a dos metros de profundidad. Desde arriba, Don Sotero, vecinos y miembros de organismos de derechos humanos siguen atentamente el trabajo. Es abril del año 2000 y es la primera vez que me toca exhumar huesos de niños. Pato y Mimi³ ya lo habían hecho en 1991. Son delicados, frágiles. Hay que trabajar con mucho cuidado. Además, son muchos más porque no están fusionados como los nuestros. Tenían que seguir creciendo, no los dejaron... Hay ropa también.

3. Patricia Bernardi y Mercedes Doretti, miembros fundadores del Equipo Argentino de Antropología Forense.

–¿Qué es esto? –me pregunta uno de los trabajadores, y me muestra un pedazo de trapo. Está en cuclillas excavando detrás de mí.

–Una vestimenta.

–No. Adentro tiene algo.

–Destapalo para ver qué hay.

Me doy vuelta para poder ayudar. La tela arropaba a una muñeca de plástico. Tenía los bracitos hacia arriba como tomándose la cabeza. Estaba al lado de su dueña. Desde arriba también vieron la escena. No había necesidad de explicar nada. Además, nadie podía emitir sonido alguno.

–Hagamos un descanso –dijo Mimi.

Alguien empezó a cantar una canción religiosa, y después se sumaron todos en un rezo. Nosotras nos fuimos a fumar un cigarrillo, más apartadas.

Es uno de los casos emblemáticos del trabajo del EAAF: la masacre de El Mozote en El Salvador.⁴ Mucho antes de la excavación en La Joya, en el año 1992, a solicitud de Naciones Unidas y a partir de la investigación realizada por la Oficina de Tutela Legal (ONG fundada por monseñor Romero), el EAAF dirigió las excavaciones en las ruinas de una habitación al costado de la iglesia del caserío El Mozote. Es la primera de varias misiones que se llevan a cabo en la zona de Morazán en relación con la masacre. Y esta vez esos indicios materiales de lo sucedido nos contaron que habían sido asesinados 131 niños menores de 12 años, que estaban todos juntos encerrados en una habitación y que dos personas les habían disparado desde afuera por la ventana y por la puerta; que otra vez cada uno de esos cuerpos, de esos diminutos huesos, nos mostraba la mentira disfrazada en las palabras oficiales.

La versión que da cuenta de un enfrentamiento con los combatientes del Frente Farabundo Martí se transforma en el polvo que cubre las osamentas, sus ropitas, sus juguetes. No hay discusión.

Identidad

Cuando llevamos lo encontrado desde el sitio al laboratorio, continuamos interrogando a esas pistas materiales para intentar obtener respuestas sobre lo sucedido. Cada elemento aporta lo suyo. A los huesos les preguntamos, básicamente, sobre dos cuestiones: identidad y causa de muerte.

Esta etapa es más compleja. Disgregamos y agregamos durante el estudio constantemente: vamos de la unidad al todo y del todo a la unidad, del hueso aislado al esqueleto completo y de éste al contexto de hallazgos. Y es porque tiene que ver con la naturaleza de la pregunta: la identidad de una persona va desde su singularidad a su pertenencia a un grupo social. No se puede identificar a alguien solamente desde sí mismo, ni siquiera con las técnicas genéticas de vanguardia. El perfil genético de un hueso necesita ser comparado con el referente de un familiar para poder decir de quién se trata.

4. Durante la guerra civil, en el año 1981, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional tenía más presencia en la zona de frontera con Honduras, en el norte del departamento de Morazán. Entre el 7 y el 12 de diciembre de ese año, el ejército salvadoreño realizó una ofensiva en la zona con un batallón de élite, Atlácatl (creado en 1980; los soldados se entrenaron en la Escuela de las Américas del ejército estadounidense, que estaba localizada en Panamá). Aliados del gobierno norteamericano de Ronald Reagan decidieron implementar la táctica de “tierra arrasada” utilizada en Vietnam: que la guerrilla no tuviera de dónde abastecerse y, por lo tanto, acabar con los caseríos y pueblos de la zona. Es así que el 8 de diciembre el batallón Atlácatl entró en varios caseríos de Morazán, uno de ellos, El Mozote. Se había corrido la voz de que venía el ejército y los hombres huyeron a las montañas, y dejaron en los pueblos a las mujeres, niños y ancianos. Sólo quedaron dos sobrevivientes: un niño y una mujer que lograron huir. La versión oficial habla de un enfrentamiento entre la guerrilla y el ejército.



Fosas comunes del sector 134 del Cementerio de Avellaneda. En la foto Morris Tidbal Binz y Patricia Bernardi. Foto de Mercedes Doretti



Una de las fosas comunes del sector 134 del Cementerio de Avellaneda. En la foto, Anahí Ginarte. Foto de Stephen Ferry



Vestimenta del caserío El Mozote 1991. Foto: Mimi Doretti



Restitución de restos de personas desaparecidas. Argentina. Foto: Anahí Ginarte

Por otro lado, y sobre todo con los huesos, es desde esta singularidad que podemos identificar.

A medida que el cuerpo se descompone, las posibilidades de un reconocimiento visual por parte de los familiares se van diluyendo. Y se borrarán los rastros de “ser humano” para convertir esos huesos en “cosas”. Nigel Barley (1995) lo ejemplifica en su libro *Bailando sobre la tumba* con el caso del Hombre de Lindow, un cadáver de la Edad de Hierro muy bien conservado debido a un proceso de momificación natural (que se produjo por haber quedado sumergido en un pantano), que se encuentra actualmente en el Museo Británico y a quien se le dio el nombre de Pete Marsh:

Parece que la fascinación reside en la carne. Si Pete fuese un esqueleto, no sería más que materia inerte, una cosa. Con la carne puesta todavía es un individuo, alguien que posee una identidad y una nacionalidad. Tiene un rostro [...]. Es frecuente trazar una frontera entre carne/sangre y hueso, entre lo percedero y lo relativamente limpio y transparente. (p. 129).

En el laboratorio hay alrededor de cuatrocientas cajas de cartón, cada una con un esqueleto. No todos son de “desaparecidos”⁵ pero sí son cuerpos sin identidades, de personas que por algún motivo fueron inhumadas sin un nombre. Algunos fueron olvidados y a otros los buscan sus familiares, sin éxito. Otros, por la desidia del cuidado en los cementerios, de una sociedad “moderna” que va perdiendo el respeto hacia ellos, fueron arrojados a la calle después de haber sido utilizados como “elemento” de estudio de algún aspirante a médico, o como parte de algún ritual, o simplemente por ser considerados basura hasta que, por algún azar piadoso, terminaron en nuestro laboratorio.

5. Se denomina así a las miles de personas que, durante la última dictadura militar en Argentina, fueron secuestradas, detenidas en centros clandestinos de detención, torturadas y, posteriormente, asesinadas, y sus cadáveres fueron escondidos de diversas formas (arrojados al mar, enterrados como NN en los cementerios municipales o enterrados en fosas comunes ocultas en campos militares).

Por otro lado están las identidades sin cuerpo: aquellos que son buscados. Los avances genéticos nos han permitido, en estos últimos años, realizar mayor cantidad de identificaciones. Todavía faltan muchas.

–Buenos días, quisiera hablar con María Carolina Llorens.

–Sí, soy yo.

–Mi nombre es Anahí Ginarte, soy miembro del Equipo Argentino de Antropología Forense. Me gustaría hablar con vos personalmente. ¿Cuándo podrías? Habíamos identificado a sus padres.

Mis padres, Sebastián Llorens y Diana Triay, militantes del PRT/ERP, fueron secuestrados el 9 de diciembre de 1975. Estuvieron desaparecidos desde entonces. [...]

A pesar de los esfuerzos de la familia de explicarnos lo que había sucedido con nuestros padres, nos encontramos a menudo con preguntas sin respuestas. ¿Estaban muertos? Si la muerte es una pregunta ancestral que nos hacemos los humanos, ¿qué es la no muerte? ¿Qué es el desaparecido? ¿Qué es esta ausencia sin certezas? [...]

Una mañana mi hijo de 8 años amaneció preguntando “yo ya eso de los militares lo entendí, pero decime mamá, los huesitos, ¿dónde están los huesitos de los abuelos?”. Luego, cuando salíamos de hacer una declaración en el juzgado, siguió preguntando: “Entonces, ¿no sabemos dónde están? ¿Pueden estar en cualquier lado? ¿Pueden estar acá, debajo de la vereda?”. [...]

Por fin, nos encontramos con una certeza que abre puertas. Una posibilidad tangible de despedida, de poder llorar a nuestros muertos, uno de los derechos humanos innegables ya enunciados desde la tragedia de Antígona que se conoce como “derecho al duelo”. Mi abuela paterna, Nelly Ruiz de Llorens, que con sus 92 años sigue luchando, puede luego de tantas pérdidas y tantas búsquedas infructuosas despedirse de su hijo. Y podemos despedirnos los hijos, hermanos, hermanas, sobrinos, sobrinas, tías abuelas, primos, nietos, nietas, compañeros, vecinos. En fin, toda una sociedad que necesita despedirlos. Esta despedida implica emociones ambiguas y aparentemente contradictorias, porque es un encuentro y una despedida a la vez. El encuentro produce una “extraña alegría”, como dijo mi tío Bernardo; la alegría de encontrar la verdad de lo ocurrido luego de tantas tinieblas e incertidumbres. Una emoción indescriptible de verlos nuevamente a través de lo que sus restos nos hablan. En cambio, la despedida es un dolor, por la pérdida que vuelve a hacerse presente en un duelo con toda la intensidad, “como si se hubieran muerto ayer”. (Llorens, 2013).

En otros casos no podemos encontrar el “todo”, porque sólo disponemos de algunas “partecitas”. Del juzgado los habían llamado para notificarles la identificación. Los habíamos encontrado en unos antiguos hornos de cal en la estancia La Ochoa, dentro del campo militar donde funcionó el centro clandestino de detención La Perla, en la provincia de Córdoba.

—No están completos. Son huesos mezclados, muchos fragmentos pequeños y algunos quemados. Estaban juntos entre los escombros que tapaban la chimenea del horno 3. Nosotros juntamos los huesos que se repetían, tres escafoides izquierdos, dos semilunares derechos y dos izquierdos, todos huesitos de las manos, y los mandamos para extraer el ADN. Sabíamos que al menos había tres personas, pero los genetistas encontraron un cuarto perfil. Por eso pudimos identificar a los chicos. Pero no son esqueletos completos. Vamos a poder darles solamente algunos huesitos y otros van a seguir mezclados.

Qué difícil explicarles a Ana y a Mariano que no teníamos el esqueleto completo de su hermana Lila Gómez. Sólo a través de las fotografías pudieron entender.

En la mañana del 6 de diciembre de 1975 un comando militar secuestró a cuatro estudiantes de medicina de la Universidad Nacional de Córdoba: Lila Rosa Gómez Granja, Ricardo Enrique Saibene, Luis Agustín Santillán y Alfredo Felipe Sinópoli. Estaban reunidos frente a la estatua del Dante, en el Parque Sarmiento. Desconocemos los *infiernos* por los que pasaron, al igual que el Dante, hasta llegar al lugar donde los encontramos. Sí sabemos lo que padecieron sus familiares.

Me duele en el alma tu ausencia... no ayer, no hoy, todos los días.
Es como una mancha indeleble, un desgarrón insoportable, permanente, persistente... nunca “desaparecido”.
Me duele imaginarte solo, en la oscuridad, en el silencio, pero mucho más me duele imaginarte con ellos, bajo su poder, sufriendo.
Me duele tu memoria, pero mucho más me duele pensar en el olvido.
Me duele lo que sé de tu historia, pero mucho más me duele lo que nunca supe...
“Desaparecido”... pero nunca ausente. (Saibene,⁶ s. f.)

Los fragmentos que no pudieron separarse fueron, por decisión de las cuatro familias, inhumados conjuntamente en el jardín del Espacio para la Memoria La Perla, donde se plantaron cuatro árboles.

Cuando se logra esa increíble conexión entre los ínfimos ADN para llegar a la grandiosidad de una identificación, la historia oculta es revelada. Ahí están. Dados los hechos, no hay discusión.

La parte y el todo

Imbuidos, sin preguntarnos demasiado si realmente es así, en una suerte de epistemología sistémica, nos movemos en el análisis de las “partes” y de ahí vamos al “todo”, que se transforma en “parte” a medida que cambiamos los niveles de análisis. Estudiamos el extremo esternal de la costilla para estimar la edad del individuo y, desde ahí, sumando los otros métodos de estudio que hacen foco en otras pequeñas partes de los huesos, llegamos a enunciar las generalidades del esqueleto. Y cuando a través del análisis y de la comparación de su perfil genético, obtenido de una pieza dental, logramos identificarlo, este esqueleto se convierte en una persona con una historia, una familia y una sociedad de pertenencia.

6. Omar José Saibene, hermano de Ricardo Enrique Saibene.

Las consecuencias de nuestros trabajos son estudiadas por otros profesionales, psicólogos, antropólogos sociales, etcétera, pero nosotros tenemos que estar atentos a ellas para poder decidir y actuar de ser necesario.

En Zimbabue trabajamos junto a Amani Trust,⁷ una ONG cuyo principal trabajo fue ayudar desde la psicología y la medicina a sobrevivientes de la tortura física y psicológica del violento período Gukurahundi.⁸ Se nos solicitó colaboración para realizar exhumaciones e identificaciones debido al pedido recurrente de los miembros de distintas comunidades *ndebeles* porque no podían estar en paz hasta que sus muertos no fueran enterrados correctamente.

Según el informe *Breaking the silence, building true peace* (Catholic Commission for Justice and Peace in Zimbabwe [CCJPZ], 1997), la 5ª Brigada no permitió ni los duelos ni los entierros rituales de las personas que fueron asesinadas durante ese período, y amenazaron e incluso dispararon contra los familiares de las víctimas. Estos familiares en muchos casos tuvieron que ver los cuerpos de sus seres queridos descomponiéndose al sol y hasta siendo atacados por animales. Además, tuvieron que enfrentar otras dificultades: al no tener un certificado de defunción, no pudieron disponer de los bienes heredados u otros beneficios y trámites administrativos. Pero, por sobre todo, los sobrevivientes tuvieron que enfrentar un terrible sufrimiento psicológico al no poder velar ni enterrar a sus muertos según sus costumbres:

La muerte juega un rol importante en el bienestar de los vivos en la cultura Ndebele, los que no fueron enterrados vuelven como espíritus vengativos, inocentes y sin embargo perjudicados, agraviados y peligrosos para los vivos. No solamente son considerados desaparecidos las personas de las que se desconoce su destino final o su lugar de entierro, también aquellos que fueron enterrados en fosas comunes son considerados culturalmente como espíritus que se encuentran infelices en un estado de “limbo”. Son necesarias las lágrimas de los vivos y un período decente de duelo para que puedan descansar en paz.

La muerte de Edwell fue muy cruel. Murió en febrero de 1984 durante el Gukurahundi. Una camioneta llegó al poblado de Mapane con cinco soldados, y estos rodearon a los campesinos, hombres y mujeres, cerca de la escuela. Fue aterrador. Los acusaban de ser disidentes. Los golpearon cruelmente. Edwell tenía 22 años, era de baja estatura. Detuvieron a él y a su primo. Los colgaron boca abajo de las ramas de un árbol. Los golpearon brutalmente en la cabeza con las botas y las armas. De esa forma Edwell murió. Su primo todavía respiraba. Lo subieron a la camioneta y se lo llevaron. Está desaparecido. El cuerpo de Edwell fue arrastrado hasta la cueva de un oso hormiguero que se encontraba en el campo de juegos de la escuela y ahí lo dejaron. Amenazaron con matar a quien moviera el cuerpo. Esa noche los perros lo carcomieron. Decidieron, a pesar del miedo, enterrarlo más profundo en el mismo agujero y cubrirlo con piedras. Era muy angustiante para todos que la fosa estuviera en ese lugar, donde los niños de la escuela corrían y jugaban.

La restitución de los esqueletos a sus familias se fue produciendo a medida que se finalizaba con los trabajos forenses. Los funerales se realizaron en los respectivos

7. Amani Trust se creó en 1993 con el objetivo de prevenir la violencia y la tortura. En el año 2002 el ministro de Justicia Patrick Chinamasa declaró ilegales varias ONG, incluida Amani Trust, que también fue acusada de trabajar junto al gobierno británico para derrocar al presidente Robert Mugabe.

8. El Gukurahundi fue una campaña estatal que se llevó a cabo en Zimbabue desde 1982 hasta finales de esa década. La Brigada 5ª del ejército zimbabuense, dirigida por Perence Shiri, asesinó a miembros y simpatizantes de la Unión Popular Africana de Zimbabue en las provincias del pueblo ndebele Matabeleland y Midlands.⁹

*kraal*⁹ de cada familia y contaron con la participación de toda la comunidad y de diversas instituciones religiosas. Fuimos invitados a participar. En cada uno de los funerales, diferentes personas, miembros de la familia o de la comunidad, expresaron sus sentimientos y narraron parte de la historia:

Discurso del anciano de la familia, M. Madlela

Hoy estamos en la casa de Edwell. Él murió de una forma muy inusual, en el tiempo en que la tierra estaba temblando... Tuvo que esperar mucho tiempo. Como saben, Zimbabue fue liberada por una lucha armada. Bueno, las personas enterradas en los lugares incorrectos también tienen que pelear. Ellos también pelean desde abajo, donde yacen, hasta que son liberados. Hoy Edwell fue liberado y devuelto para testimoniar por los otros, por los otros que murieron. Estamos todos muy agradecidos por eso. Hoy todos sabemos que se encuentra aquí de una forma aceptable para un ser humano. La forma en que lo enterramos fue según los deseos de cada familia... ¡Eso es una cosa excelente! Agradecemos a las personas que fueron educadas con el dinero de sus padres para hacer este gran trabajo. Ellos conocen los huesos de las personas y pueden separarlos. Ojalá Dios los haga volver para que aquellos que están demorados puedan estar con sus familiares en sus hogares. Les agradezco a los visitantes del otro lado del mar que vinieron a liberar a esas personas que estaban en lugares desconocidos debajo de la tierra. Ojalá Dios los ayude y le pedimos que los bendiga si es que tenemos ese poder. Gracias.

La muerte de Edwell tuvo también otras consecuencias para los vivos: su madre pudo finalmente inscribir el deceso con las autoridades y, a partir de eso, su hijo pudo heredar los bienes.

Ben Khumalo y Stanley Sibanda fueron asesinados en el mismo incidente, durante la Guerra de la Liberación, el 18 de noviembre de 1978. Ben Khumalo era el jefe de la tribu. Al año de que recuperamos su cuerpo, y una vez que se realizó el ritual del *umbuyiso*, recién entonces su hijo pudo hacerse asumir el rol de su padre en la comunidad. La ceremonia del *umbuyiso*, o “*bringing home ceremony*”, se realiza al año de la muerte de la persona y es una parte importante de las creencias religiosas de los ndebeles. Marca el retorno del difunto en una relación armoniosa, una comunión ininterrumpida entre el ancestro y los vivos de la familia. En la ceremonia se llama de vuelta al espíritu para que vigile y cuide a los miembros de la familia y los proteja de cualquier daño. Nos dejaron participar en las ceremonias. También nos enteramos de que después de las primeras restituciones que realizamos, en el año 1999, los espíritus descansaron en paz y las estaciones de lluvia volvieron a traer el agua suficiente para las frágiles economías familiares.

Los juicios: el significante y el significado

Muchos de los antropólogos que nos formamos en las universidades de La Plata o Buenos Aires viendo la integridad de la disciplina en sus tres ramas (arqueología, antropología social y antropología biológica), hemos estudiado, desde la lingüística estructural de Ferdinand de Saussure, los conceptos de significante y significado.

Como explicamos, el registro y documentación de nuestro trabajo es fundamental. Así, la evidencia recuperada es suministrada a las instituciones encargadas de impartir justicia, en diversos formatos: escrito, fotográfico, video. A medida que la tecnología avanza, mejora la calidad en la documentación y se agiliza el archivo de las evidencias y sus posibilidades de búsqueda. En la actualidad es posible

realizar impresiones tridimensionales de un cráneo con una lesión de arma de fuego. Pero la valoración de esta forma de presentar la evidencia tiene que ver con la internalización de la tecnología en las distintas sociedades.

–Ustedes no entienden. Yo quiero los esqueletos en la sala del juicio. Para nosotros, para los africanos, no es lo mismo una imagen que ver los huesos directamente –nos decía el procurador general Ato Gyrma Wakjira, en abril del 2002, antes de nuestra declaración en la *High Federal Court* de Addis Ababa, Etiopía.

Mimi y yo estábamos muy preocupadas por los familiares de las 13 personas que habíamos identificado. Clyde estaba fascinado; había declarado en muchos juicios alrededor del mundo pero nunca con el cadáver enfrente de los jueces y los acusados. Pedimos una reunión con los familiares. Estaban todos de acuerdo con el procurador. Si bien les iba a resultar doloroso, entendían la importancia de que así fuera.

El día anterior fuimos a la sala de audiencia y dispusimos la evidencia encontrada y los esqueletos en posición anatómica sobre 13 mesas de madera ubicadas, en forma de abanico, en un espacio existente delante del panel de los jueces. En una mesa separada se encontraban las 13 sogas con las que habían sido estrangulados y que habían sido halladas *in situ* alrededor de los cuellos. La declaración de Mimi y Clyde duró varias horas. Yo proyectaba las imágenes y mostraba en los esqueletos las características señaladas. Luego nos informaron que, tiempo después de nuestras declaraciones, los acusados confesaron.

Entonces...

Desde la antropología forense traducimos lo que los huesos nos quieren contar. Con ellos materializamos los relatos de los familiares, sobrevivientes, testigos. Aportamos un granito de arena para que se vaya develando la verdad de los sucesos:

Sobre todo que, así como una persona habla por muchas, un pueblo puede hablar por otros. Porque este tipo de evidencia, al enfocarse en lo micro, en los detalles, transmite una historia muy dramática a los jueces y jurados. No los aburres con estadísticas. Joseph Stalin tenía una observación muy interesante: cuando habló de las muertes ocurridas durante su reino de terror, dijo: “Una única muerte es una tragedia, un millón de muertes es una estadística”. Y es cierto. (Wiesse y Saravia, 2012).

Referencias

- Barley, N. (1995). *Bailando sobre la tumba*. Barcelona: Anagrama.
- Catholic Commission for Justice and Peace in Zimbabwe. (1997). *Breaking the silence, building true peace. A report on the 1980's disturbances in Matabeleland and the Midlands*. Recuperado de https://archive.org/stream/BreakingTheSilenceBuildingTruePeace/MatabelelandReport_djvu.txt
- Equipo Argentino de Antropología Forense. (2000). *Annual report* [Informe anual]. Recuperado de http://eaaf.typepad.com/ar_2000/
- Llorens, M. C. (2013). No sólo son memoria. *Página 12*. Recuperado de <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-220962-2013-05-28.html>
- Saibene, O. J. (s. f.). *Desaparecido*. Poesía publicada en los homenajes realizados por el Espacio para la Memoria La Perla. Recuperado de <http://ricardoenriquesaibene.blogspot.com.uy/2011/08/desaparecido.html>
- Wiesse, P., & Saravia, G. (2012). Clyde Snow: “Traducimos lo que dicen los esqueletos”. *Revista Ideele* (219). Recuperado de <http://revistaideele.com/ideele/content/clyde-snow-%E2%80%9CTraducimos-lo-que-dicen-los-esqueletos%E2%80%9D>

9. Un *kraal* es un asentamiento de chozas esparcido en forma de círculo, en cuyo centro existe un espacio para encerrar ganado. Se ubican entre los pueblos nativos del sur de África.